

Jakobson, R. (1987 [1959]) *En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción*, en *Ensayos lingüísticos General*, Barcelona: Ariel, pp. 67-77.

IV
EN TORN
A LOS ASPECTOS LINGÜÍSTICOS
DE LA TRADUCCIÓN.

SEGÚN BERTRAND RUSSELL, "nadie puede entender la palabra *queso*, a menos que tenga un conocimiento no lingüístico del queso."¹ Sin embargo, si seguimos la máxima fundamental de Russell y hacemos "hincapié en los aspectos lingüísticos de los problemas filosóficos tradicionales", nos veremos obligados a afirmar que nadie puede entender la palabra *queso*, a menos que tenga un conocimiento del significado que se asigna a esta voz en el código léxico del castellano. Cualquiera miembro perteneciente a una cultura desconocedora del queso entenderá la palabra castellana *queso* si sabe que en esta lengua significa "alimento obtenido por la maduración de la cuajada de leche", y si tiene por lo menos un conocimiento lingüístico de la expresión "cuajada de leche". Nunca hemos probado ni el néctar ni la ambrosía y tenemos un conocimiento únicamente lingüístico de las palabras *ambrosía*, *néctar* y *dioses*, el nombre de sus míticos consumidores; no obstante, entendemos estas palabras y sabemos en qué contexto debe usarse cada una de ellas.

El significado de las palabras *queso*, *manzana*, *néctar*, co-

¹ B. Russell, "Logical positivism", *RIPh*, IV (1950), 18; cf. p. 3.

"On linguistic aspects of translation", en Reuben A. Brower, ed., *On translation* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1959), pp. 232-9. Traducción de J. M. P.

nocimiento, pero, simple y de cualquier expresión o palabra es un hecho lingüístico o—para ser más preciso y menos excluyente—un hecho semiótico. Contra quienes asignan el *signatum* no al signo sino a la cosa misma, el argumento más sencillo y eficaz sería el de que nadie ha oído ni probado nunca el significado de *queso* o de *manzana*. Que no hay *signatum* sin *signum*. El significado de la palabra *queso* no puede deducirse a partir de un conocimiento no-lingüístico del cabrales o del camembert sin ayuda del código verbal. Se requiere un ejército de signos lingüísticos para explicar una palabra que no nos es familiar. Si nos lo señalan con el dedo no sabremos si *queso* es el nombre de una variedad determinada o de cualquier caja de camembert en general o de cualquier otro queso, de cualquier producto lácteo, de cualquier alimento, de cualquier refresco o de cualquier caja, sea cual sea su contenido. ¿La palabra sirve para dar únicamente nombre a la cosa o conlleva además un significado tal como el de oferta, venta, prohibición o maldición? (El hecho de señalar a dedo puede significar realmente una maldición: en algunas culturas, especialmente en África, es un gesto nefasto.)

Para nosotros, en tanto que lingüistas y usuarios normales de las palabras, el significado de un signo lingüístico equivale a su traducción a algún otro signo alternativo, especialmente un signo "en el que aquél esté más plenamente desarrollado", según la insistente afirmación de Peirce.² El término *soltero* puede ser sustituido por una designación más explícita, como, por ejemplo, "persona que no ha contraído matrimonio", cuando se necesite un grado mayor de exactitud. Distinguimos tres maneras de interpretar un signo verbal: (1) traducirlo a otros signos de la misma lengua, (2) a otra lengua, o (3) a cualquier otro sistema no verbal de

² Cf. J. Dewey, "Peirce's theory of linguistic signs, thought and meaning", *JPh*, XLIII (1946), 91.

símbolos. Estos tres tipos de traducción pueden designarse de modo diferente:

1. La traducción intralingüística o reformulación [*rewording*] es una interpretación de los signos verbales mediante otros signos de la misma lengua.
2. La traducción interlingüística o traducción propiamente dicha [*translation proper*] es una interpretación de los signos verbales mediante cualquier otra lengua.
3. La traducción intersemiótica o transmutación [*transmutation*] es una interpretación de los signos verbales mediante los signos de un sistema no verbal.

En la traducción intralingüística de una palabra se emplea otra palabra más o menos sinónima o se recurre al circunloquio. Sin embargo, por regla general, el sinónimo no suele dar una equivalencia completa: por ejemplo, "todo célibe es soltero, pero no todo soltero es célibe". Una palabra o una expresión idiomática, una unidad codal del nivel más elevado, en suma, sólo puede ser interpretada plenamente mediante una combinación equivalente de unidades codales, es decir, por un mensaje que se refiera a esta unidad codal: "todo soltero es una persona que no ha contraído matrimonio y toda persona que no ha contraído matrimonio es soltera", o bien, "todo célibe está obligado a no contraer matrimonio y toda persona que está obligada a no contraer matrimonio es célibe".

De igual modo, a nivel de la traducción interlingüística no hay normalmente una equivalencia entre las unidades codales, aunque los mensajes puedan servir de interpretaciones correctas de mensajes o unidades codales pertenecientes a otras lenguas. La palabra inglesa *cheese* no puede identificarse totalmente con su heterónimo ruso corriente *сыр* por que el *cottage cheese* ('requesón') es *cheese* pero no es *сыр*:

en ruso, el producto obtenido de la maduración de la cuajada de leche se llama *syr* solamente en el caso de que se obtenga mediante un fermento.

Sin embargo, lo más frecuente es que en la traducción de una lengua a otra se sustituyan mensajes, no por unidades codales por separado sino por mensajes enteros, a su vez, en la otra lengua. Tal traducción equivale a un estilo indirecto; el traductor recodifica y transmite un mensaje recibido de otra fuente. Una traducción semejante requiere dos mensajes equivalentes en dos códigos diferentes.

La equivalencia en la diferencia es el problema cardinal del lenguaje y la cuestión central de la lingüística. Como cualquier receptor de mensajes verbales, el lingüista actúa como intérprete de éstos. Ninguna muestra lingüística puede ser interpretada por la ciencia del lenguaje sin recurrir a la traducción de sus signos a otros signos del mismo sistema o a signos de otro sistema distinto. Cualquier comparación entre dos lenguas implica un examen de su traducibilidad mutua. La ciencia lingüística debe mantener bajo constante control la práctica de la comunicación interlingüística y especialmente las actividades de traducción. Nunca llegará a ponderarse bastante la urgencia de la necesidad de diccionarios bilingües "diferenciales", que contengan una cuidadosa definición, en intensidad y en extensión, de todas las unidades que se correspondan, ni será excesivo todo cuanto se diga sobre su importancia teórica y práctica. Del mismo modo, las gramáticas bilingües deberían ser realmente "diferenciales" y definir lo que asemeja y lo que diferencia a las dos lenguas en su modo de seleccionar y de delimitar los conceptos gramaticales. Tanto la práctica como la teoría de la traducción están erizadas de complicaciones, y de vez en cuando se intenta cortar el nudo gordiano proclamando el dogma de la intraducibilidad. "El hombre de la calle, filósofo en estado virgen", certestamente descrito por Benjamin L. Whorf, llega a la siguiente conclusión: "para aque-

llos hablantes cuyo ambiente lingüístico obliga a una formulación distinta de los hechos, éstos son también distintos".³ En los primeros años de la Revolución Rusa hubo algunos visionarios fanáticos que desde los periódicos soviéticos abogaron por una revisión radical del lenguaje tradicional y especialmente por el abandono de expresiones equívocas tales como la "salida" y la "puesta" del Sol. Sin embargo, continuamos empleando estas expresiones de cuño ptolemaico sin implicar la negación de la doctrina copernicana, y si podemos transformar fácilmente nuestro modo de hablar tradicional sobre la salida y la puesta del Sol en una descripción de la rotación de la Tierra, ello ocurre simplemente porque todo signo es traducible a otro signo en el que aquél se nos aparezca más preciso y desarrollado. La facultad de hablar una lengua determinada implica la facultad de hablar sobre esta misma lengua. Semejante operación "metalingüística" permite la revisión y la redefinición del vocabulario empleado. La complementariedad de ambos niveles (lenguaje-objeto y metalenguaje) fue puesta de relieve por Niels Bohr: la definición correcta de un hecho experimentalmente comprobado debe expresarse en el lenguaje ordinario, "en el cual el empleo práctico de cada palabra está en relación complementaria con los intentos de su definición estricta".⁴

Todas las lenguas sirven para expresar cualquier experiencia de orden intelectual, sea cual sea la clasificación de la realidad que la subyazga. Cuando se produce algún hueco en la terminología, ésta puede adaptarse y amplificarse mediante el uso de préstamos, calcos semánticos, neologismos, adaptaciones semánticas o de circunloquios. Por ejemplo, en la lengua de los chukchis del noreste de Siberia, cuya tradición literaria es muy reciente, la palabra *tornillo* se traduce

³ B. L. Whorf, *Language, thought and reality* (Cambridge, Mass. 1956), p. 235.

⁴ N. Bohr, "On the notions of causality and complementarity", *Dialectica*, I (1948), 317 ss.

por "clavo giratorio", *acero* por "hierro duro", *hojalata* por "hierro delgado", *tiza* por "jabón de escribir", *reloj* por "coazón martilleante". Incluso circunloquios aparentemente contradictorios como "coche de caballos eléctrico" (*električeskaja konka*), la palabra que sirvió originariamente en ruso para designar el tranvía, o "vapor volante" (*jena para- got*), el vocablo *koryak* que designa el avión, pueden designar con toda facilidad el equivalente eléctrico del coche de caballos y el análogo volante del barco de vapor y no impiden la comunicación, de igual modo que no hay "ruido" semántico ni perturbación ninguna en una expresión doblemente contradictoria como la de un inglés que dice *cold beef-and-pork hot dog* 'perro caliente frío de buey y tocino'.

La falta de algún recurso gramatical en la lengua a la cual se traduce no imposibilita la traducción literal de la totalidad de la información contenida en el original. Las conjunciones tradicionales inglesas *and* y *or* se han visto suplementadas recientemente por un nuevo conectivo: *and/or*, que fue objeto de atención hace algunos años en un divertido libro, *Federal prose: How to write in and/or for Washington*.⁵ En una de las lenguas samoyedas solamente existe la última de estas tres conjunciones.⁶ A pesar de esta diferencia de conjunciones, las tres variedades de mensajes que se producen en la "prosa oficial" pueden traducirse con exactitud tanto al inglés tradicional como a aquella lengua samoyeda. Prosa oficial: (1) "John and Peter"; (2) "John or Peter"; (3) "John and/or Peter will come". Inglés tradicional: (3) "John and Peter or one of them will come" ['Juan y Pedro o uno de los dos vendrán']. Samoyedo: (1) "Juan y/o

⁵ J. R. Masterson y W. B. Phillips, *Federal prose* (Chapel Hill, N. C. 1948), pp. 40 ss.

⁶ Cf. K. Bergsland, "Finsk-ugrisk og almen språkvitenskap", *NTS*; XV (1949), 374 ss.

Pedro vendrán ambos", (2) "Juan y/o Pedro uno de ellos vendrá".

Si en un determinado lenguaje falta alguna categoría gramatical, su significado puede traducirse a este lenguaje por medios léxicos. Las formas duales, como el ruso antiguo *brataj*, se traducen con ayuda de un numeral: "dos hermanos". Más difícil es mantener la fidelidad al original cuando traducimos a una lengua provista de alguna categoría gramatical ausente en la otra. Al traducir la frase castellana "Ella tiene hermanos" a una lengua que distingue entre dual y plural nos vemos obligados o bien a escoger una de estas dos formas: "Ella tiene dos hermanos" o "Ella tiene más de dos hermanos", o bien a dejar la decisión final al oyente y decir "Tiene dos o más de dos hermanos". También al traducir de alguna lengua desprovista de número gramatical al castellano nos vemos obligados a escoger una de las dos posibilidades: "hermano" o "hermanos", o a enfrentar al receptor de este mensaje a una doble posibilidad: "Ella tiene uno o más de un hermano".

Como muy bien observó Boas, la estructura gramatical de una lengua (en oposición a sus reservas léxicas) determina aquellos aspectos de todas las experiencias que deben expresarse en aquella misma lengua: "Debemos elegir entre aquellos aspectos y debemos elegir uno con exclusión del otro".⁷ Para traducir correctamente la frase inglesa "I hired a worker", un ruso necesita además que se le diga si esta acción se completó o no y si el "worker" era hombre o mujer; porque debe elegir entre un verbo de aspecto completivo o uno no completivo —*nanjal* o *naminal*— y entre un sustantivo masculino y uno femenino —*rabotnika* o *rabotnitsu*. Si le preguntamos al hablante inglés si el trabajador era hombre o mujer, la pregunta podrá parecer impertinente o indiscre-

⁷ F. Boas, "Language", en *General anthropology* (Boston 1938), pp. 132 ss.

ta, mientras que en la versión rusa de esta frase la respuesta a este interrogante es obligatoria. Por otra parte, sea cual sea la forma gramatical rusa elegida para traducir el citado mensaje en inglés, la traducción no expresará si yo alquilé o he alquilado al trabajador o si él o ella eran un trabajador indefinido (*un* o *el* trabajador). Precisamente por ser distinta la información requerida por la estructura gramatical rusa e inglesa, nos enfrentamos con distintas posibilidades de elección binaria; de modo que una sucesión de traducciones de una misma frase aislada del inglés al ruso y viceversa podrían llegar a privar al mensaje de su contenido inicial. S. Karcevskij, el lingüista ginebrino, solía comparar esta pérdida gradual con una serie cíclica de transacciones monetarias desfavorables. Evidentemente, cuanto más rico sea el contexto de un mensaje, más pequeña es la pérdida de información.

Las lenguas difieren esencialmente en lo que *deben* expresar y no en lo que *pueden* expresar. Todo verbo de un determinado lenguaje suscita al instante un conjunto de interrogantes alternativos y con exclusión de términos medios en algunos casos: por ejemplo, hay que decidir previamente si el suceso narrado está concebido con alguna referencia a su terminación o si se presenta el suceso como anterior o posterior al momento del habla. Naturalmente, la atención de los hablantes y de los oyentes nativos se verá concentrada sobre las alternativas que sean obligatorias en su código verbal.

En cuanto a su función cognoscitiva, el lenguaje depende en forma mínima de su estructura gramatical porque la expresión de nuestra experiencia está en relación complementaria con las operaciones metalingüísticas—el nivel cognoscitivo de la lengua no sólo admite, sino que requiere directamente una recodificación interpretativa, es decir, la traducción. El supuesto de la existencia de datos cognoscitivos inefables o intraducibles sería una contradicción de términos.

Sin embargo, las categorías gramaticales pueden contener una carga semántica importante en los chistes, en los sueños, en la magia y en todo lo que en resumen podríamos denominar la "mitología verbal cotidiana". En estas condiciones, la traducción se hace mucho más difícil y complicada.

Incluso una categoría citada a menudo como ejemplo de categoría puramente formal juega un importante papel en las actitudes mitológicas de una comunidad lingüística. En ruso, el femenino no puede designar a una persona del sexo masculino, ni el masculino a un personaje femenino. Los modos de personificar o interpretar metafóricamente a los seres inanimados se ve conformado por su género. Un test llevado a cabo en el Instituto de Psicología de Moscú (1915) demostró que los rusos, pueblo aficionado a personificar los días de la semana, representaban repetidamente los lunes, martes y miércoles como seres masculinos y los jueves, viernes y sábados como personajes femeninos, sin advertir que su elección estaba ligada al género masculino de los tres primeros nombres (*ponjedjel'nik, vovornik, četverg*) contra el género femenino de los restantes (*srjeda, pjatnitsa, subbota*). El hecho de que la palabra *viernes* sea masculina en algunas lenguas eslavas y femenina en otras se refleja en las tradiciones populares de sus pueblos, que difieren en sus rituales para este día. La creencia supersticiosa, muy común en Rusia, de que la caída de un cuchillo anuncia la venida de un hombre y que la caída de un tenedor anuncia la de una mujer se ve determinada por el hecho de que en ruso *nož* 'cuchillo' pertenece al género masculino y *vilka* 'tenedor' pertenece al femenino. En eslavo y en otras lenguas en las que *día* es masculino y *noche* femenino, los poetas representan al día como el amante de la noche. El hecho de que los artistas alemanes pintaran al pecado en forma de mujer sorprendió al pintor ruso Repin porque desconocía que *pecado* es femenino en alemán (*die Sünde*), pero masculino en ruso (*grjech*). Igualmente, un niño ruso que leía una

traducción de unos cuentos alemanes se asombró al ver que la muerte (en ruso, *smjert'*, fem.) estuviera representada por un viejo (en alemán, *der Tod*, masc.). El título de un libro de poemas de Boris Pasternak, *Mi hermana la vida*, no presenta ninguna dificultad en ruso, lengua en que la palabra *vida* es femenina (*žizn'*), pero fue causa de la desesperación del poeta checo Josef Hora, en su intento de traducir el libro, ya que en checo *vida* es masculino (*život*).

¿Cuál fue el primer problema que se planteó en los orígenes de la literatura y la liturgia eslavas? Es curioso que la dificultad de conservar en la traducción el simbolismo de los géneros y la poca importancia en el orden intelectual de esta dificultad, parezca ser el tema principal del texto eslavo más antiguo que se conserva, el prefacio a la primera traducción del Evangeluario, hecha a principios del último tercio del siglo IX, por el creador de la literatura y la liturgia eslavas, san Constantino el Filósofo, y que ha sido reconstruida e interpretada recientemente por A. Vaillant.⁸ El apóstol eslavo afirma que "el griego, al verse a otra lengua, no puede reproducirse de modo idéntico, cosa que ocurre con todas las lenguas que se traducen". "Nombres como *ποταμός* 'río' y *ἀστήρ* 'estrella', que son masculinos en griego, son femeninos en otras lenguas como el eslavo, *rjeka* y *svjzda*". Vaillant comenta que esta discrepancia elimina en la traducción eslava la identificación simbólica de los ríos con los demonios y la de las estrellas con los ángeles, presente en *Mt.* vii.25 y ii.9. Sin embargo, a este obstáculo poético san Constantino opone resueltamente un pasaje de Dionisio el Areopagita en el que se destaca la supremacía de los valores intelectuales (*silje razumu*) sobre las palabras.

En poesía, las ecuaciones verbales se convierten en principios constructivos del texto. Las categorías sintácticas y

⁸ A. Vaillant, "Le Préface de l'Évangélaire vieux-slave", *RÉS*, XXIV (1948), 5 ss.

morfológicas, las raíces, los afijos, los fonemas y sus componentes (rasgos distintivos), y, en resumen, todos los constituyentes del código verbal se ven contrapuestos, yuxtapuestos y relacionados de acuerdo con el principio de semejanza y contraste, y comportan su propia significación autónoma. La semejanza fonética se siente como relación semántica. El juego de palabras o, para decirlo de una manera más culta, y quizá más exacta, la paronomasia, reina en el campo de la poesía, y sea cual sea el alcance de su imperio la poesía es por definición intraducible. Únicamente cabe la transposición creadora: o bien la transposición intralingüística de una forma poética a otra forma poética, o la transposición interlingüística de una lengua a otra lengua, o bien, para terminar, la transposición intersemiótica de un sistema de signos a otro sistema de signos, por ejemplo, del arte de la palabra a la música, la danza, el cine o la pintura.

Si tuviéramos que traducir la fórmula tradicional "Traduttore, traditore" por "El traductor es un traidor", privaríamos a la expresión italiana de todo su valor paronomástico. Entonces nos veríamos obligados por una actitud cognoscitiva a convertir el aforismo en una afirmación más explícita y a aclarar la calidad de los mensajes traducidos y de los valores traicionados.